

## Cúpula

Cada vez que pasa por el salón azul del Congreso, una vez por semana, puntualmente, como un ave que emigra, Anselmi se detiene, inclina la cabeza hacia arriba y se queda absorto contemplando la cúpula. Casi setenta metros de altura, le han dicho. Quita el aliento en serio. Allá en lo alto se logran a ver unos balcones inalcanzables a los que se sube por una escalera un poco oculta. Anselmi sabe cómo llegar, pero para qué ir, si el cielo se ve mejor desde abajo. Ya había hecho tareas de limpieza en algunos ministerios, pero nada, nada, como la cúpula.

El Congreso es ocupado solamente por los miembros de la Comisión Asesora Legislativa desde hace tres años. El lugar casi siempre se encuentra vacío; es un collar de perlas sin una abuela que se lo ponga. Una cuadrilla de operarios se encarga de la limpieza dos veces por semana. Anselmi va los miércoles y entre otras tareas le han asignado lustrar sillas y escritorios de la sala de diputados.

Hace diez días que casi no se habla con Beatriz; en verdad siempre fue un poco parco, pero desde que no tienen más noticias de Julián, y de esto hace ya mucho tiempo, casi no habla con nadie. Los goles del mundial, ahí sí gritó hasta la afonía. El tano Anselmi fue siempre medio cabrón, derecho como él solo, dirán en unos días, así en pasado. Nadie imaginaba que iba a subirse por esas escaleras secretas hasta el balcón de la cúpula para ser devorado por el vacío. Porque eso fue lo que le dijeron una vez, como si fuera una advertencia, una premonición: que a tanta altura el vacío te traga, como si la gravedad actuara con más fuerza en lo alto.

Desde hace diez días Anselmi apenas cruza palabra con Beatriz. Hay ciertas cosas que entiende y no entiende. Eso lo tiene claro. Tiene miedo por ella y por las otras madres que cada jueves caminan en círculos por la plaza. Ahora son más que antes, es verdad, pero el miedo no es zonzo. Aún así, lo que más le molesta es la inutilidad de todo el asunto. Dar vueltas en silencio con un pañuelo en la cabeza. Así no se consigue nada, piensa Anselmi, mientras entra a la Cámara de diputados. Dar vueltas en círculo con un pañuelo, qué creen que puede pasar, por favor, piensa embroncado con el llanto que no sale nunca, trabado ahí como una piedra. Entonces se sienta, o mejor: se derrumba en una de las sillas de la Cámara, cansadísimo.

¿Quién se habrá sentado acá? No quedan marcas, los diputados no dejan huellas, no son los pupitres de la escuela donde los alumnos labran su estampa.

Anselmi pasa la franela sobre el escritorio sin ganas. Con Julián siempre fueron muy parecidos. No sólo el carácter y eso de hacer de la honestidad y la palabra empeñada una liturgia. Por eso no hubo domingos en paz desde que comenzaron a discutir sobre cosas que él mucho no entendía, porque, decía, un país se hace trabajando con honestidad y respetando a la gente, no hace falta mucho más. Y Julián y sus amigos: que las cosas no son tan simples, viejo.

Una carrera, eso del hijo cuando se parece al padre. Iguales de entrada, nomás, cuando bebé, como si largaran de un mismo punto de partida. Después uno le saca ventaja al otro, hasta que los rasgos del pibe se estabilizan un poco y se vuelve al principio. Pero ahora a Anselmi se le ha caído mucho el pelo, buenas entradas tiene, y no hay ya esa chispa en los ojos por más bronca.

Da vueltas con la franela por el escritorio del diputado y la tabla se ilumina; repasa la madera en silencio y la mano le duele, la muñeca le duele. Da vuelta y pone un poco más de lustramuebles, y vuelve a pasar la

franela como si acariciara, hasta que la madera se ilumina un poco; unas vueltas más hasta que encuentra un reflejo vago. Ya es hora de irse, sin embargo.

Al otro miércoles al pasar de nuevo por la cúpula se queda mirando el cielo un rato; después directo al Salón de diputados y de allí sin escalas al escritorio. ¿Cómo sabe que es ese el escritorio donde estaba antes? Es ese, sin duda y se sienta a descansar. Pasa de nuevo la franela con el lustramuebles, una y otra vez, una danza de la lluvia que acalambra hasta que al final aparece un charquito y allí, en lo líquido, porque todo es líquido cuando comienza, se refleja su cara apenas, tan parecida a la de Julián, así, con sólo un par de arrugas que se derraman entre nieblas, con los ojos desmoronados: es Julián el que está ahí. Y la sonrisa de quién sabe quién de los dos, no alcanza a enseñar los dientes.

Pero esto es un secreto que no va a contarle a nadie, que nunca le va a decir a Beatriz porque dos, acaso tres miércoles más tarde, después de lustrar como siempre el escritorio hasta dejarlo espejo, Anselmi va a subir por la escalera oculta hasta el balcón de la cúpula, allí arriba, donde se encuentra el cielo.

Luis Sagasti